



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
affectio@antares.udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
ISSN (versión impresa): 2215-8774
Colombia

2011

Mario Orozco Guzmán

DEL SÍNTOMA EN EL CUERPO AL CUERPO COMO SÍNTOMA

Revista Affectio Societatis, Vol. 8, N° 15, diciembre de 2011

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

DEL SINTOMA EN EL CUERPO AL CUERPO COMO SINTOMA

Mario Orozco Guzmán¹

Resumen

El presente trabajo responde a un recorrido específico del proyecto de investigación denominado "Ejes de subversión: del movimiento social a las locuras del cuerpo", aprobado y financiado por la Coordinación de Investigación Científica de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Se propone dilucidar dos momentos de abordaje psicoanalítico del sujeto en relación al cuerpo. En un primer momento, afirmamos que en el cuerpo se suscribe la irrupción de la verdad de lo reprimido a través del síntoma histérico. En un segundo momento, el cuerpo violentado por adolescentes parece operar como función- síntoma. Pero en este caso, responde al vasallaje del yo respecto a los ideales del superyó.

palabras-clave: cuerpo, síntoma, trauma, culpa, goce, violencia.

FROM THE SYMPTOM IN THE BODY TO THE BODY AS SYMPTOM

Summary

This work is a response of a tour by a specific research project called "subversion axes: from social movement to body madnesses", approved

¹ Profesor investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Psicoanalista. Coautor del libro recientemente publicado por Plaza&Valdés; *Configuraciones psicoanalíticas sobre espectros y fantasmas*. orguzmo@yahoo.com.mx

and financed by the Scientific Research Department of the University Michoacana de San Nicolas de Hidalgo. Its purpose is explained two moments of psychoanalytical boarding of the subject in relation to the body. At the first moment, we affirm that the body subscribes itself to the irruption of the true what is repressed through the hysteric symptom. At the second moment, the body subjected to violence by adolescents seems to operate as function-symptom. But in this case, it responds to vassalage of the ego with respect to the super-ego ideals.

Keywords: Body, symptom, trauma, guilt, enjoyment, violence.

DU SYMPTOME DANS LE CORPS AU CORPS EN TANT QUE SYMPTOME

Résumé

Ce travail-ci correspond à un parcours spécifique du projet de recherche nommé « Ejes de subversión : del movimiento social a las locuras del cuerpo » (Axes de subversion : du mouvement social aux folies du corps), approuvé et financé par la Coordination de Recherche Scientifique de l'Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Il est proposé ici d'éclaircir deux moments d'abordage psychanalytique du sujet par rapport au corps. Dans une première instance nous affirmons que dans le corps se rallie l'irruption de la vérité du refoulé à travers du symptôme hystérique. Dans un deuxième moment, le corps violenté par adolescents semble opérer comme fonction-symptôme. Mais dans ce cas-ci, il répond à la vassalité du je par rapport aux idéaux du super-moi.

Mots-clés : corps, symptôme, traumatisme, culpabilité, jouissance, violence.

Recibido: 12/07/11 Evaluado: 22/07/11 Aprobado: 30/07/11

El cuerpo como registro de lo intolerable y enigmático

Un lugar en el cuerpo para lo indecible. Ese fue el hallazgo clínico con el que Freud tropezó ante el discurso de las histéricas en torno a sus síntomas. En el abordaje inaugural de dicho discurso, el cuerpo aparece como una pieza clave. Como una pieza dramática que hace presencia en el sinsentido tanto del trauma como del síntoma. El cuerpo expuesto a una experiencia traumática constituye un escenario que Freud (1892-99/2000) calibró de modo interesante al designar como “avasallamiento” el inicio de la histeria y como “terror” a su primer estadio. Sobre el cuerpo del niño el otro, el adulto, “armado de toda su autoridad y su derecho de reprimenda” (Freud, 1896/2000: p. 213), ejerció un poder avasallador y aterrador. El otro sinsentido del cuerpo tiene que ver con la irrupción en el cuerpo del síntoma. Del cuerpo doblegado por la autoridad veleidosa y perversa del adulto nos trasladamos al cuerpo doblegado por una inhibición, por una parálisis, por una contractura. En torno a ese cuerpo se opera un deslizamiento de lo que no se habla (la impresión demoledora de la vivencia traumática) hacia aquello de lo que se habla, y con abundancia de quejas y reclamos. Se trata de la narrativa del síntoma en búsqueda de sentido. El mal es lo que se inscribe en este movimiento. Se inscribe en lo innombrable de la experiencia traumática y en lo que aqueja y da motivo de demanda al sujeto. En el trauma el mal viene desde fuera. Y Freud, en ese momento de su concepción de la seducción traumática, parece adherirse a la clásica postura de Rousseau para quien “el mal nunca ha venido de otra parte que desde fuera y que nunca hubo maldad sino fuera del individuo” (Sichère, 1997: p. 165). La maldad viene de ese otro que introduce de manera “prematura” (Freud, 1892-99/2000: p. 261), avasalladora y terrorífica, la sexualidad en el niño. Ese mal se asienta en el síntoma corporal. Por eso es que Freud (p. 283) conecta su hipótesis del “cuerpo extraño” en la histeria con la legendaria posesión demoniaca. En ese momento para Freud resulta evidente que lo traumático se determina por una serie de eslabonamientos de recuerdos de experiencias indecibles. Ante lo avasallador y terrorífico de la experiencia traumática el sujeto queda enmudecido. Como si fuera incapaz de tramitar por la vía de la palabra las excitaciones que han desbordado el principio de constancia energética. Es el recuerdo de la experiencia avasalladora y de

terror lo que el niño está lejos de poder asimilar. Sobre todo porque se encadena a otros recuerdos, igualmente no tramitados, y, de este modo, encadena al sujeto a un pasado inmemorable.

Es siempre por la vía del efecto de posterioridad (Freud, 1898/1999), de las huellas psíquicas inconscientes, que se producen los síntomas. Sobre el cuerpo, sobre cierto lugar específico del cuerpo recae este efecto, este mensaje retardado, de las marcas de episodios de violencia que alienaron el cuerpo del niño. Es a través del síntoma corporal en la histeria, de su relato salpicado de equivocidades, que se tropezará con algo del orden de la verdad: “la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte, a saber: -en los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir, el núcleo histérico de la neurosis donde el síntoma histérico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción que, una vez recogida, puede sin pérdida grave ser destruida” (Lacan, 2007: p. 249). Esa experiencia, no traducible en palabras, de la irrupción devastadora del otro como presencia de un goce inefable, deviene monumento corporal. A diferencia de los monumentos que constituyen una manera de glorificar un pasaje histórico, de honrar como héroe a un sujeto, los monumentos en tanto síntoma corporal representan, entre parodia y paradoja, lo que no debería recordarse. Pero en tanto cifrado histórico hace inevitable remitirse a ese episodio que Freud designaba también como vivencia de agravio (1896/1999). El síntoma en el cuerpo de la histérica, en tanto monumento, habla el lenguaje intolerable de la ofensa, del agravio devastador. Es así que nos topamos con “un significante que ha marcado un punto del cuerpo”² (Lacan, 1972). De este modo el síntoma histérico hace del cuerpo testimonio histórico, con el agregado de “la dosis de goce” (Lacan, 1972) que la operación del discurso analítico intentará retirar.

Ya en el marco de la metapsicología, Freud considera cómo el sitio de la conversión histérica responde a la sofocación de un afecto que acompaña a la represión de un fragmento del representante pulsional reprimido (1915/2000a). Ese sitio en el cuerpo es una manera en que lo reprimido asedia al yo de la voluntad de dominio. Por tal motivo, Freud indica que este pedazo representacional ejerce un efecto de arrastre (*gezogen*) de las investiduras que da cumplimiento a lo

² Las citas de los seminarios de Jacques Lacan son tomadas de la versión electrónica en francés y traducidas al castellano por el autor de este trabajo.

que se llama condensación (1915/2000a). Los afectos, que son el monto de investidura de las representaciones, son arrastrados hacia el cuerpo por ese pedazo de representación innombrable. O intraducible para las representaciones preconscientes, como también Freud llegó a proponer. Se trata de fragmentos de representaciones no traducibles en palabras pero sí en porciones de malestar corporal. Y también se alcanza a apreciar este antianatomismo característico de la histeria (Lacan, 1969). El síntoma histérico arrastra al cuerpo, de manera condensada, metafórica, una verdad prendida a un real indecible. Pero al ser núcleo de irradiación de la palabra se produce una subversión de la anatomía. Freud lo sabía al decir que la lesión en la histeria no estaba en el cuerpo aunque ahí quedara emplazado el síntoma. La lesión estaba en la manera popular, profana, de designar ciertos lugares del cuerpo (Freud, 1888-93/2000).

De este modo en Freud desemboca una cierta cultura del cuerpo que se plasma desde el Renacimiento, centrada en el predominio del retrato artístico. Retratos de la intimidad esbozada y disimulada que hacen que se advierta una dialéctica en movimiento: “Esta dialéctica entre el fuero interno y los comportamientos exteriores es fundamental en la constitución del sujeto moderno”³ (Arasse, 2005: p. 452). Es la dialéctica inscrita como enigma en la obra que produce el pintor Bartolomeo Veneto, hacia 1510, denominada Retrato de un Gentilhombre. La vestimenta, considerada por Erasmo como “el cuerpo del cuerpo” (Arasse, p. 446), sostiene y expone la civilidad de la circunspección. El enigma en este “cuerpo del cuerpo” se configura como laberinto en tanto “emblema de silencio y reserva” (Arasse, p. 450), pero también como puesta en escena de una “estrategia de demostración/disimulación”⁴ (Arasse, p. 450). Freud no será ajeno, entonces, a esta cultura del enigma en el cuerpo, a esta injerencia de la cultura del secreto interior sobre el cuerpo. Conjetura el papel de la condensación de investiduras en la inervación somática de la histeria. El laberinto interior del sujeto consiste en esa dialéctica que la perspectiva metapsicológica despliega al insertar la intervención de la contrainvestidura (Freud, 1915/2000b), en la formación del síntoma de conversión. Esta contrainvestidura, como propone Freud (1915/2000b), incide en la selección de la

⁴ Esta y todas las referencias de la obra *Histoire du corps* son traducciones inéditas del texto original en francés por el autor de este trabajo.

porción representativa de la pulsión para el proceso de condensación. De lo cual resulta que en el síntoma se produce tanto la satisfacción de la tendencia pulsional como de los esfuerzos defensivos y de castigo del sistema consciente. Lo que no consiente la consciencia defensiva se pretende que lo soporte el cuerpo. De este modo, en cierto pedazo corporal se despedazan los representantes pulsionales y la voluntad de castigo. Es la dialéctica que hace del cuerpo un laberinto donde el sujeto se localiza pero también donde se extravía y desgarrar su verdad.

Sin embargo, antes de la metapsicología Freud ya advertía en el síntoma un empalme violento de satisfacciones. Para Freud en el síntoma se da cauce (y causa) tanto a la satisfacción de las pulsiones sexuales como a las de autoconservación del yo. En el texto sobre "Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad" (1908/2000) es donde se evidencia de manera intensa y plástica este papel de los esfuerzos, o diríamos, de las fuerzas defensivas en el cuerpo. El cuerpo es sede de lucha sexual y de los sexos dramáticamente representados. Los cuerpos se confunden en la reedición de una escena de ataque sexual. El cual se reproduce en el cuerpo como ataque histérico. Es decir, como síntoma. La histérica no requiere la participación de ningún otro para este montaje de un episodio de intento de violación. Un sector que encarna el papel masculino de su cuerpo ataca, y otro sector, que incorpora el papel femenino, se defiende intensamente de dicho atentado. Por otra parte, la ceguera histérica le permite a Freud darle voz a esta incidencia del castigo defensivo. Esa voz se hace resonar de manera contundente queriendo hacer equiparar la sanción con la dimensión desbordante de la pulsión. Freud anticipa la virulencia intolerante y omnisapiente del superyó con la figura de esta voz que actúa como voluntad ferozmente fiscalizadora y punitiva: "<<puesto que quieres abusar de tu órgano de la vista para un maligno placer sensual, te está bien empleado que no veas nada más>>" (Freud, 1910/2000: p. 214). Se capta bien esta cultura de ley vengativa afectando el cuerpo, haciendo sancionar en el cuerpo y con el cuerpo, una apetencia vislumbrada como desmesurada. De este modo esta voz hace honor a la pesquisa ética de Aristóteles que afirma que "en el temperante y en el valiente el elemento irracional habla en todo con la misma voz de la razón" (Aristóteles, 1989, p. 16). El cuerpo se constituye en zona de sanción cruel decretada por la voz. La cual expone y exclama la razón en la sentencia irracional de castigo. En su Evangelio san

Mateo había destacado esa voluntad punitiva cruenta al conminar a que sea extirpado cualquier órgano, ojo o mano, que sea instrumento del mal, de la apetencia del pecado.

Culpa en el cuerpo

Que la ley se encarne en el cuerpo y se encarnice con el cuerpo lo demuestra el padecimiento histórico. Lo que es arrastrado a cierto lugar del cuerpo es el sentimiento inconsciente de culpa. Mientras en la neurosis obsesiva y en la melancolía el sentimiento de culpa es conscientemente hiperintenso (Freud, 1923/2000), en la histeria la voz de la culpa se silencia y se convierte en dolor corporal. Es lo que Freud plantea al señalar que el yo histérico instrumenta el arma de la represión, a la que recurre contra las representaciones pulsionales, en este caso para oponerse y sustraerse a las feroces críticas del severo amo. Señalizado como el superyó. Lo cual concuerda hasta cierto punto con la apuesta de la histérica en tanto “esta destinada a domar al amo, para que gracias a ella él se rechace en el saber” (Lacan, 1971). La represión acalla la furibunda crítica del presunto amo y también por su vía se intenta expulsar a éste del dominio del saber. Sin embargo, el cuerpo carga con las consecuencias de este silenciamiento de la culpa producida por la “tensión entre el yo y el ideal del yo” (Freud, 1923/2000: p. 51). Freud podría en este aspecto sugerir una proximidad con los delincuentes por sentimientos de culpa. Los cuales consiguen “un alivio al poder enlazar su sentimiento de culpa con algo real y actual” (Freud, 1923/2000: p. 53). Eso que consiguen estos caracteres criminales, a través de su acto transgresor, lo logran las histéricas con su cuerpo. Es decir, el cuerpo se constituye en un factor para poder ligar el sentimiento de culpa (Freud, 1923/2000). El cuerpo, la investidura de cierto lugar corporal, se despliega como real y actual, para enlazar ese sentimiento, ese brote imaginario de la infracción simbólica. La ligazón de la culpa es un esbozo de intento de dominio. Pero que se puede emprender de manera furibunda a través del castigo hecho recaer sobre el cuerpo. De este modo la culpa y su castigo se viven y conviven en el cuerpo. Lo cual nos conecta con el planteamiento de Nasio respecto a que “el cuerpo representa la emoción que no puede vivirse en la cabeza” (2008: p. 70). Como no hay suficiente cabeza, como la represión no es suficiente poder, se requiere poner el cuerpo para hacer representable un afecto

enmudecido como la culpa. Como lo reafirma Kristeva: “los signos mudos se transforman en síntomas” (1996: p. 20).

En el síntoma se pueden imprimir las servidumbres del yo a los tres amos: la realidad externa, el ello y el superyó. En el síntoma se satisfacen, contraponiéndose pero fundiéndose, las apetencias del superyó y del ello. Por eso la ligadura del sentimiento de culpa a cierta sección corporal puede brindar también bastante alivio. Y si en el superyó burbujea un cultivo puro de las pulsiones de muerte (Freud, 1923/1999), se avizora la posibilidad de disfrute destructivo, de goce masoquista a través del síntoma en el cuerpo. La ligadura de la culpa mediante el síntoma corporal resulta convergente con la revelación de Freud acerca de que en la histeria de conversión los “síntomas más graves se encuentran sin contaminación de angustia” (Freud 1925-26/2000: p. 106). Lo cual remite a esa actitud de *belle indifférence* atribuida por Charcot a las histéricas (Freud, 1915/2000a). Indiferencia que ni aparece ni es tan bella, pues “ante las quejas a menudo insistentes de la histérica, quejas que muestran al médico los límites de su poder, es muy difícil hablar de indiferencia” (Israël, 1979: p. 57). Otra cosa es que alguien pretenda hacerse bella con sus síntomas. Lo que se observa es más bien cómo alguien pretende hacerse fuerte con sus síntomas o hacer de sus síntomas su fortaleza. A tal punto que el síntoma podía reportar, Freud lo indicaba, ciertos niveles de ganancia, de beneficios primarios y secundarios. Desde luego no podría obviar también alguna ganancia sobre la figura del analista como lugar supuesto de amo. Esa ganancia podrían ostentarla los histéricos en su resistencia corporal. Implica el fracaso del otro, como autoridad del saber y poder médicos. Lo cual enlaza la clínica de la histeria con aquello que en la anorexia expone también un sentido de triunfo. Ya que el cuerpo se muestra real y actualmente indomable, al menos se tratará para la anoréxica de ejercer función de amo, más que de amor, respecto al profesional-experto. Al testimonio desgarrador sobre su anorexia, Cielo Latini pone como antesala su ganancia, su plus de saber sobre los expertos: “Creo que sé más acerca de la anorexia y del suicidio que los psicólogos y los médicos que intentaron ayudarme” (2010: p. 5). Por su parte, Nasio revela ese plus de poder como reducto de goce: “Hago notar que esa sensación de victoria que las embriaga explica la resistencia feroz que, con frecuencia, oponen las anoréxicas a la cura. El peor enemigo del

profesional que trata a una anoréxica es el goce que experimenta la paciente al domar su cuerpo y poder enorgullecerse de ese dominio” (2008: p. 60). Otra analizante con trastornos anoréxicos exponía orgullosa la lista de una serie de profesionales, de todas las perspectivas psicológicas, que habían fracasado con su caso. Le inspiraban lo mismo que su padre: com-pasión. Para la anoréxica el goce es también su propio enemigo. Su enemigo interno adherido al cuerpo. Esta ansia gozosa por domar el cuerpo nos hace evocar, desde luego, la que tenían las místicas. Para las cuales era precisamente su cuerpo “<<el más grande enemigo>> y el medio de acompañar al redentor: el cuerpo que es necesario vencer, el cuerpo vector de una marcha sacrificial. Si no se duda en atormentar su cuerpo, en castigarlo, es porque no merece ningún respeto. Domar su carne, es de entrada infligir una feroz disciplina>>” (Gélis, 2005: p. 46-47).

La maldición del cuerpo

En la actualidad el cuerpo parece re-posicionarse en algunos adolescentes como el enemigo a vencer; pero también como objeto transformable. El cuerpo es manipulado y mal-tratado como si fuera ese “otro” que no ha respondido a las expectativas ideales depositadas sobre él. Se le preserva como saldo traumático cuando alguien afirma en el proceso analítico: “no asimilo este cuerpo que tengo”. Cuando no se asimila el cuerpo que se tiene, uno se interroga acerca de en qué medida está excluido del orden simbólico. Apareciendo como algo extraño y hasta ominoso: “Es eso de lo cual se trata. Esto es completamente dejado como posibilidad de relación con su propio cuerpo como extraño, y está bien eso que expresa el hecho del verbo tener. Su cuerpo, uno lo tiene, no se es en ningún grado” (Lacan, 1976). Es decir, lo que escuchamos en los discursos de jóvenes que someten su cuerpo a escarificaciones o sacrificios dietéticos es una obstinada voluntad de dominio. Lo cual nos remite a esa etapa previa al sadismo que Freud construía “a partir de los empeños del niño que quiere hacerse dueño de sus propios miembros” (1915/2000: p. 125). Conviene también señalar que esta división entre ser y tener cuerpo, indicada por Lacan, tiene una referencia crucial en la historia de las representaciones sociales e ideológicas concernientes al cuerpo, en la apertura de la modernidad: “el corte decisivo que la modernidad introduce entre <<ser>> y <<tener>>, en su

comportamiento, el bruto como el animal no es sino un cuerpo, el hombre civil tiene un cuerpo en el cual gobierna la expresión civilizada” (Arasse, 2005: p. 447). En la clínica uno llega a escuchar en ciertos jóvenes, que hacen de la anorexia y la bulimia disciplina corporal a ultranza, expresiones sumamente despectivas sobre su cuerpo. Lo comparan con la figura repudiable de un puerco. El cual como palabra establece una relación de anagrama precisamente con la de cuerpo. Este anagrama se vuelve frase emblemática: cuerpo-puerco. Así es como califican y reducen su cuerpo estos jóvenes. Sobre todo en esos momentos de atracón bulímico o cuando acaban de comprobar su “tenebroso” incremento de peso. Lo cual nos conduce a eso que afirma Freud en el sentido de que el descontento de sí hace que el yo busque su “satisfacción en el ideal del yo” (1921/2000: p. 103). Pero Freud alude en este caso a una instancia que se conduce de manera implacable e injusta con el yo. Es decir que allí donde se cancela la satisfacción narcisista, el yo pretende una compensación entregándose a las exigencias inexorables y cruentas del ideal. Y el cuerpo parece constituirse en el elemento esencial de esa entrega. Eso se correlaciona con el planteamiento lacaniano acerca de que el ideal del yo es un cuerpo que obedece (Lacan, 1969). Y si no obedece hay que hacerlo que obedezca a fortiori. Los ataques a la imagen del cuerpo que exhiben muchos jóvenes en la actualidad han llevado a Rassiá (2001: p. 60) a volver a inventariar la semiología de los estados límites, pero también nos conducen a interrogar la concepción freudiana acerca de la cohesión del “yo-cuerpo” (Freud, 1923/2000: p. 29). Si el yo es proyección de superficie de cuerpo y el cuerpo está adosado al psiquismo integrador del yo ¿por qué este cuerpo, concebido por el sujeto como “su primer haber, su primer <<bien>>”, según lo refiere Aulagnier (2007), deviene, en estos adolescentes algo extraño, un enemigo a doblegar?

Resulta entonces que su primer bien se trasmuda en su terrible mal, en algo que los pone mal y contra lo que habrá que actuar mal, con violencia. Freud había descubierto con la sexualidad pulsional la contundencia de tener un cuerpo que opera desde sus bordes erógenos perforando la voluntad de dominio del yo. Las pulsiones sexuales representan el despliegue de un cuerpo que se independiza, de aquello sobre lo cual se apuntaló: las pulsiones de vida. En su aspiración de placer contradice las pulsiones de vida, de conservación y mantenimiento de vida. Pero del mismo modo

ese cuerpo es una instancia que aparece como odiable, en la medida en que aporta sensaciones y vivencias que resultan desquiciantes:

El yo, como amo del objeto-cuerpo, se descubre sometido al poder incomprendible de hacerlo sufrir que de golpe ejerce ese objeto. El yo nunca termina de reprochar al cuerpo su independencia, tanto más cuanto ese mismo yo secundariamente hará otro descubrimiento, aun más determinante para su relación con el cuerpo y con la realidad: es el cuerpo el que lo condena a muerte. Porque odia el sufrimiento, el yo puede odiar su cuerpo (Aulagnier, 2007: pp. 138-139).

Con el declinar de la vida se enfrenta uno con este cuerpo que confronta con la muerte, como si fuera un otro inmanejable. Mientras la imagen de poder sobre el cuerpo, imagen especular, nos infatúa, el cuerpo en su real nos arroja al desamparo. Este cuerpo insurrecto se denota de manera irónica en los que han estado instalados en la cima del poder político. Por eso ilustramos con dos revelaciones literarias esa independencia, o desobediencia, de lo corporal que nos convoca (a) la muerte. La primera es un extracto de lo que Vargas Llosa (2000) dice en su texto sobre el tirano de República Dominicana, el general Trujillo. En su decadencia el cuerpo le falla, no le obedece, a alguien que presumía poder someter al país entero: “ahí estaba: la mancha oscura se extendía por la bragueta y cubría un pedazo de la pierna derecha. Debía ser reciente, estaba aún mojadito, en este mismo instante la insensible vejiga seguía licuando. No lo sintió, no lo estaba sintiendo. Lo sacudió un ramalazo de rabia. Podía dominar a los hombres, poner tres millones de dominicanos de rodillas, pero no controlar su esfínter” (2000: p. 165). El poder político no es nunca absoluto en tanto no alcanza para el dominio de las pulsiones ni del lenguaje. ¿Más bien diríamos que el poder político pretende reproducir el afán de control total bajo el cual se idealiza desde el estadio anal la sujeción del cuerpo?

Del opresor del pueblo pasamos al liberador de la opresión con el fin de amplificar este esclarecimiento de la oposición del cuerpo a toda idealización de dominio. En el caso de Simón Bolívar, es García Márquez (1989) quien nos presenta un testimonio literario para plasmar esa oprobiosa desobediencia corporal: “furioso con la desobediencia del cuerpo, el general no tuvo fuerzas para ninguna actividad política o social” (1989: p. 237). El general puede liberar a muchos pueblos sudamericanos del dominio español pero no puede liberarse de los males del cuerpo, de

ese cuerpo que porta un conjunto de males que le anticipan la muerte. La furia contra ese cuerpo traduce el enojo contra aquello que, de ser inicialmente propio, se transforma en extraño, al oponerse a su empeño de gobierno. Ese cuerpo que ya no gobierna representa y reproduce lo que escapa a su política social, a su afán de organización política. Ese cuerpo se libera del libertador, a pesar de éste, y filtra el imperio de la muerte. Esa muerte que, como plantea Derrida, está inscrita en una “estructura de alteración sin oposición” (2001: p. 273). Se trata de la inscripción de la muerte en el cuerpo, como pulsión, pero también de lo que marca de manera absoluta el filo punzante de la castración y el límite de la palabra.

El cuerpo violentado

Con el cuerpo a merced de la tiranía del ideal, parece que el yo podría resarcir el descontento de sí. Cielo Latini tenía en el cuerpo su recurso para dirigirse a los otros. Pero era un recurso violento: “siempre me la agarré con mi cuerpo para mostrarle a la gente lo que pensaba, lo que sentía o lo que no me animaba a decir (así como lo que decía sin ser escuchada)” (2010: p. 71). En efecto, “la agarran” con el cuerpo y contra el cuerpo, algunos adolescentes que hemos escuchado, como vía de revancha. La misma Cielo Latini asume que las automutilaciones que se inflige representan “un método de compensación” (p. 255). Sobre el cuerpo es posible hacer jugar valoraciones éticas y políticas. Así como medidas de restitución y compensación. Se despliega en estos adolescentes una voluntad de dominio y control que sorprende por una desmesura que hace pivote del goce: “Desmesuradamente, en exceso, con locura: es lo propio de todo goce, <<estar más allá del principio del placer>>, decía Freud, más allá de esa evitación del displacer que es la protección de la vida” (Julien, 2002: p. 153). El cuerpo resulta terreno fértil para el cultivo puro de las pulsiones de muerte. Para emprender la cultura del mandamiento superyoico que, como sugiere Freud, “plantea severas exigencias ideales” (1929-30/2000: p. 137). Desde luego que hay otros que quisieran ensayar en su cuerpo lo que les dicta su “vanidad” —como dice un experto en implantes y tatuajes del especial de televisión llamado Cuerpos Alterados, en la serie Tabú de la cadena National Geographic. Víctimas de los inexorables cambios corporales algunos adolescentes apuestan por

invertir esta condición. Apuestan por comandar los cambios corporales que consideran necesarios para un pleno contenido de sí. En función de lo cual podrían tener la ciencia y la tecnología a su servicio: “La ciencia es también aparatos, instrumentos, productos, drogas, en una palabra, objetos que estorban y violentan el cuerpo, y cada cuerpo tiene una época correlativa a la época de la ciencia. Quiero decir que el cuerpo esta como estallado; este cuerpo no es el mismo que aquel de mil años atrás” (Nasio, 2006: p. 74). La ciencia ha sido también aliada de los violentos. De los que se organizan criminalmente para que los jóvenes consuman, hasta reventar, a través de los cuerpos, sus mercancías. ¿Por qué no podrían estos mismos jóvenes hacer reventar, estallar, sus cuerpos, asumiendo un papel de amos intransigentes de sus cuerpos? Los jóvenes se perforan lo que pueden para colgarse, adherirse, introducirse, todo tipo de objetos. Violencia intrusiva contra y sobre el cuerpo. Se escarifican diferentes lugares del cuerpo. En principio parece ser una práctica sumamente reservada y secreta. Casi paralela a una actividad masturbatoria. No sólo se cortan con lo que encuentran a mano (tijeras, navajas, etc.) sino también con lo que encuentran en sus propias manos: las uñas. Encajándoselas hasta hacer brotar un flujo de sangre que coagula su goce. El bien supuesto en este acto nos recuerda las sangrías practicadas dentro de una “lógica evacuativa” (Vigarelli, 2005: p. 282) en el siglo XVII. Práctica para prevenir y expulsar el mal. Los adolescentes que se drogan emprenden una práctica que incorpora el mal pero con sustancias que mistifican las vivencias corporales. Se drogan para entregar su cuerpo al éxtasis que anula la experiencia de la falta o de la decadencia.

Estos adolescentes se violan y se violentan en y con un cuerpo que les resulta una cosa que merece ser atacada, vejada y masacrada. Se ensañan con un cuerpo que no los protege de nada y que más bien exhibe su terrible indefensión. Porque finalmente este cuerpo encarna ese real que “no cambia, lo que permanece siempre igual” (Nasio, 2006: p. 45). Imagen correlativa que poseen de las condiciones políticas y de los políticos que determinan los rumbos de la sociedad. Y ellos se obstinan, empeñan todo su ser, en hacer cambiar, en hacer obedecer, ese cuerpo que no acaba de convencerlos. La contrariedad es mayúscula. Y la voluntad de dominio es más mayúscula aún pues se sustenta en un apremio de goce: “desacralizando ornamentos de la piel, tatuajes y

escarificaciones, utilizando todos los recursos de la cirugía estética, hombres y mujeres de Occidente ya no se conforman con la ropa e intentan la remodelación del cuerpo. Ya no es el cuerpo el que produce la imagen, sino la imagen la que fuerza al cuerpo y obliga, en nombre de un dios de ahora en más representado, a la semejanza, a una semejanza que ya no se conforma con el hábito, cuya talla y cuyos elementos se adaptan a todas las formas, pero lo exige de la carne, infinitamente modelada y vuelta a modelar” (Hofstein, 2006: p. 57). La imagen se ha hecho tiránica imponiendo ese ideal de obediencia que sufraga de manera perentoria e intransigente la majestad del superyó. Ética de amo en el ejercicio supremo de la tortura. Es el estilo de ejercicio de poder que reclama cualquier organización institucional centrada en esta ética del amo. Incluso la organización criminal. La exigencia de fidelidad absoluta. Los traidores, producto inherente a tal organización de amo, deben torturarse y aniquilarse con gran saña y ferocidad. El cuerpo traidor a la imagen ideal de fidelidad puede permanecer en el limbo de su aniquilación. O bien es expuesto a ésta de manera pausada, pautada y pactada.

El declinar de la vida expone de manera virulenta (a) las desobediencias del cuerpo. El declinar del padre, por su parte, parece ser el telón de fondo de ese ideal supremo de obediencia destinado al cuerpo. La violencia contra el cuerpo abre un pasaje de restitución intensamente poderosa y dominante de un padre destituido de su lugar de significancia simbólica. Es la violencia que ejercería una especie de padre-amo sobre un cuerpo indócil. Lo cual nos remite a ese padre mítico de la horda primitiva, descrito por Freud en *Tótem y Tabú* (1913-14/2000). El cual era violento con su incipiente cuerpo social, con sus miembros supeditados a su poder sin-límites. Este padre ejercía violencia operando exclusión o determinaba una exclusión con gran lujo de violencia. Excluía a sus hijos de las mujeres, del goce de las mujeres. Ni ellos podían gozar de ellas ni ellas de ellos. El goce estaba reservado para sí, para su propio cuerpo. Y también excluía a las mujeres de tomar a otro hombre. Para ellas no debía haber más hombre que él. No había elección ni alteridad. Este padre tiránico es una imagen ideal primordial, de poder absoluto, de unicidad dominante, que parece encarnarse y encarnarse en el adolescente violento con su cuerpo. Esto es lo que parece

indicarnos Hélène Godefroy⁵ (2011) con su propuesta del cuerpo como síntoma en determinados posicionamientos violentos en los adolescentes. El padre primordial terrible no sólo exige atrocemente obediencia, también vendría a introducirse violentamente en el cuerpo: “Hoy, los jóvenes injertan el <<objeto>> de su goce directamente sobre el cuerpo. De este modo el padre <<se incrusta>>. Él reaparece en su carne, a flor de piel. Tatuaje, escarificación, mutilación, piercing, implante... la performance medica ha mostrado la vía” (2011: p. 202). Esta incrustación del padre a través de los actos de escarificación e implante produce una reminiscencia religiosa. Hace pensar en la figura del Dios encarnado que asume “en su carne la terrible paradoja del cuerpo cristiano: imagen de la perfección creada, testimonio de la corrupción y de la abyección de la muerte” (Arasse, 2005: p. 418). En esa encarnación se anudan los ideales de perfección y lo real de un cuerpo que, con su declinar vital, exhibe las condiciones propias del ser relativamente a la muerte (Heidegger, 1974) ¿Práctica masoquista en los linderos de la aniquilación? Las mutilaciones o alteraciones que se aplican pueden efectuarse en nombre de un ideal estético. En nombre de una supuesta búsqueda de lo bello. Los tatuajes buscan reconfigurar la imagen de la piel. Los implantes se proponen corregir o introducir un elemento que hará ver mejor tal o cual sector del cuerpo. Algún bien se avizora o vislumbra. Pero algo se destruye y, como dice Freud (1924), “ni aún la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa” (p. 176).

A diferencia de la función ligadura del cuerpo, para simbolización de lo reprimido castigado, el cuerpo llevado a la condición de síntoma es, en un primer momento, factor de desligadura. El cuerpo se ha desprendido de los lazos simbólicos que permiten captar el juego significante que subtiende el síntoma. El cuerpo como síntoma no se prende ni aprehende en las sustituciones y combinaciones significantes de la metáfora o la metonimia. Es cuerpo burdo que no está para las sutilezas del lenguaje: “Un nuevo síntoma, dicho de otro modo, se ha incrustado en el área de influencia social. Se le quiere, en este caso, realmente repulsivo, a imagen de lo que la medicina hace del síntoma. Ciertos fenómenos exhiben en exceso su cuerpo, que ellos gozan en maltratar, en transformar, incluso en caracterizar. Como si éste no fuera para ellos sino carne fría, despojada de sentido”

⁵ Todas las referencias a esta autora son traducciones inéditas del texto original en francés.

(Godefroy, 2011: p. 201). Entonces, el cuerpo como síntoma, en un segundo momento, se vuelve convocatoria de red social. Lo cual nos hace evocar el planteamiento de Lacan (1976-1977) acerca de que “la neurosis se sostiene en las relaciones sociales”. Los jóvenes que se hacen estas escarificaciones o que se someten a la apuesta mortífera de la anorexia consiguen hacer lazo entre ellos poniendo al cuerpo sacrificado como mediación identificatoria. Es lo que se propone Cielo Latini con su página web destinada a jóvenes anoréxicos. El síntoma que pasa por el cuerpo hace lazo social. El cuerpo torturado se expone en imágenes que permiten religarse a los otros que padecen y parecen lo mismo: un dolor incomprensible, un sufrimiento incomunicable. Disponemos de este modo de un síntoma de importante “envergadura colectiva” (Godefroy, 2011: p. 204) que encuentra quizás en el colectivo de Alcohólicos Anónimos un modelo de reconocimiento y soporte. El cuerpo grupal reemplaza, o más bien acompaña, al cuerpo síntoma.

Referencias bibliográficas

- Arasse, D.** (2005) *La chair, la grâce et le sublime*, en *Histoire du corps I*, Paris: Seuil.
- Aristóteles** (1989) *Ética Nicomaquea*, México: Porrúa.
- Aulagnier, P.** (2007) *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*. Buenos Aires: Paidós.
- Derrida, J.** (2001) *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, México: Siglo veintiuno editores.
- Freud, S.** (1888-93/2000) “Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas”. En: *Obras Completas*, vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1892-99/2000) “Fragmentos de la correspondencia con Fliess”. En: *Obras completas*, vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1896/1999) “Etiología de la histeria”. En: *Obras completas*, vol. III. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1898/ 1999) “La sexualidad en la etiología de las neurosis”. En: *Obras completas*, Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1908/2000) “Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”. En: *Obras completas*, vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu.

- _, (1910/2000) "La perturbación psicógena de la visión". En: *Obras completas*, vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1915/1999a) "La represión". En: *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1915/1999b) "Lo Inconsciente". En: *Obras completas*, vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1921/2000) "Psicología de las masas y análisis del yo". En: *Obras completas*, vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1923/2000) "El yo y el ello". En: *Obras Completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1924) "El problema económico del masoquismo". En: *Obras completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1925-26/ 2000) "Inhibición, síntoma y angustia". En: *Obras Completas*, vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu.
- _, (1929-30/2000) "El malestar en la cultura". En: *Obras completas*, vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- García, G.** (1989) *El general en su laberinto*. México: Diana.
- Gélis, J.** (2005) "Le corps, l'église et le sacré". En: *Histoire du corps. 1*. Paris: Seuil.
- Godefroy, H.** (2011) "Le corps symptôme de l'adolescence. Direction de la cure en figures de la psychanalyse". En: *Logos & Ananké*. Paris: éres.
- Heidegger, M.** (1974) *El ser y el tiempo*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Hofstein, F.** (2006) *El amor del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Israël, L.** (1979) *La histeria, el sexo y el médico*. Barcelona: Toray-Masson.
- Julien, P.** (2002) *Psicosis, perversión, neurosis. La lectura de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kristeva, J.** (1996) *Al comienzo era el amor. Psicoanálisis y fe*. Barcelona: Gedisa.
- Lacan, J.** (2007) Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis, *Escritos 1*. México: Siglo XXI.
- _, (1969) *D'un Autre à l'autre*, leçon du 11 mai. Versión electrónica. Inédito.
- _, (1971) *D'un discours qui ne serait pas du semblant*. Leçon du 9 juin. Versión electrónica (inédito)

- _, (1972) *Le savoir du psychanalyste*. Leçon du 4 mai. Versión electrónica (inédito)
- _, (1976) *Le sinthome*, séminaire du 11 mai. Versión electrónica (inédito).
- _, (1976-77) *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*, leçon du 17 mai. Versión electrónica. Inédito.
- Latini, C.** (2010) *Abzurdah*. Buenos Aires: Planeta
- Nasio, J.D.** (2006) *Los gritos del cuerpo. Psicósomática*. Buenos Aires: Paidós.
- _, (2008) *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Rassial, J.-J.** (2001) *El sujeto en estado límite*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sichère, B.** (1997). *Historias del mal*. Barcelona: Gedisa.
- Vargas, M.** (2000) *La fiesta del chivo*. México: Alfaguara.
- Vigarello, G.** (2005). "S'exercer, jouer". En: *Histoire du corps I*. Paris: Seuil.